SEGUNDA PARTE.

CIENCIA DOCTRINAL
DE
JESUCRISTO.

SEGUNDA PARTE.

CIENCIA DOCTRINAL DE JESUCRISTO.

Jesucristo, pues, ocupa el centro y la cumbre de la Historia, y ya nos remontemos al orígen de mundo, ya descendamos hasta su fin, domina y une todos los tiempos en Sí. En su consecuencia, resalta á nuestros ojos como un sér sobrehumano, que llena la misma humanidad.

Ahora es preciso preguntarnos de una manera mas precisa cuál es su obra. Es necesario abordarla y responder á la pregunta que Él mismo nos dirige: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo (1)?»

Examinemos primeramente su obra. Es esta satisfacer la necesidad invencible, reconocida por nosotros al principio de este discurso, cuyo ardor sentimos todos, de conocer á Dios, al Dios oculto de la Naturaleza, de la Conciencia y de la Providencia, como tambien de ponernos en relacion con Él, y de librarnos de su desgracia: la Religion.

Ya hemos visto por qué estravíos de doctrina y de moral arrastró esta necesidad durante mucho tiempo al linaje humano, que no puede bastarse á sí mismo, ni sustraerse á ella.

Esta aspiracion, irresistible é impotente á un tiempo mis-

(1) S. Mateo, XVI, 15.

mo, es la que Jesucristo vino á colmar con magnífica liberalidad.

El Dios oculto y siempre buscado no se limitó, en efecto, á responder al hombre, destacándose á sus ojos de los velos de la Creacion. Hizo mas: apartó el velo con su propia naturaleza, y por una gracia insigne nos permitió penetrar en el abismo de su Sér y de sus tesoros. Hizo mas todavía: nos llamó á participar de ellos, convidándonos á su propia mesa, á gustar el manjar de los Angeles. Hizo con nosotros una *Alianza* cuyo lazo es su naturaleza y la nuestra inseparablemente asociadas en el Hombre-Dios. Así como se hizo nuestro hermano de dolor en este valle de lágrimas, en el cual nos rescató por medio de su muerte, nos hizo sus coherederos y consocios en su Paraiso, donde nos llama á su vida eterna: todo esto en sustancia, bajo el velo temporal de la fé, no teniendo solo por garantía cuarenta siglos de profecías, veinte de milagros y otras mil pruebas de la Religion, sino tambien lo que decide de todo, es decir, la esperiencia, que jamás ha engañado á los que han querido aplicársela, superando siempre su esperanza.

Y el colmo de su sabiduría es haber hecho compatibles con nuestra debilidad todas estas inefables comunicaciones. Si Dios no se hubiese ocultado en la Naturaleza, si hubiese oido sin reserva el voto del alma humana, que le llamaba para que se mostrase, la Naturaleza toda hubiese desaparecido súbitamente en el abismo de su gloria; y á la manera que refiere la Fábula de aquel mortal que quiso ver al Dios del Olimpo, hubiéramos sido todos consumidos. Por eso era opinion recibida entre los Judíos, que no se podia ver á Dios sin morir. Y no obstante, Dios encontró el medio de hacerse ver, no solo en el órden natural, en que los milagros de su poder llenaban de espanto, *stupebant omnes in magnitudine Dei* (1),

(1) San Luc. IX, 44.

sino tambien en el órden sobrenatural de su naturaleza íntima, á la que solo se aproximan los Querubines, velándose. Mas aun; halló el medio de unirnos á El y de incorporarse á nosotros, y esto por una economía de condescendencia que nos deja el mérito de recibirle, y aun la terrible libertad de menospreciarle.

Tal es el Cristo; tal es el Evangelio, justamente llamado el *Evangelio del Reinado;* de su reinado con nosotros sobre la tierra, y de nuestro reinado con El en el cielo.

Tal es el magnífico asunto de contemplacion y de estudio que nos proponemos esplorar.

Mas para no perdernos en él he creido necesario hacer que precediese á esta empresa un estudio *doctrinal* sobre Jesucristo, conforme lo hemos hecho un estudio *histórico*.

Tal vez esto parezca tan supérfluo como temerario, debiendo el Evangelio bastarse á sí mismo, y no necesitando semejante auxilio.

Sin embargo, hé aquí la razon de proceder de esta suerte:

El Evangelio es *Dios en Jesucristo reconciliándose al mundo* (1). Sin duda Dios se revela en el Evangelio, y de aquí sale toda la ciencia que tenemos de El. Mas esta ciencia es aun implícita en el Evangelio. El Evangelio es la sustancia de la Revelacion; la cual hállase en él envuelta en parábolas y derramada en oráculos, mas bien que deducida. Cristo habla como Dios. Hay allí un doble designio, indicado en el mismo Evangelio. Dios desde luego quiso poner á precio un beneficio tan grande: el precio de buscarle. Como trataba con naturalezas libres, solo nos quiso dar á proporcion de lo que quisiéramos recibir. Quiso hasta cegar á los menospreciadores y á los soberbios por medio de este mismo Evangelio que debia iluminar á los humildes y á los sumisos. «Quien tenga oidos, oiga, decia El: á vosotros se os ha dado á conocer el misterio

(1) *A los Corintios*, V, 19.

del Reino de Dios; pero á los otros en parábolas solamente, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan (1).» Esta oscuridad relativa del Evangelio forma parte tambien de otro designio. Tal es para sus mismos discípulos, el reservar su esplicacion y su dispensacion al Espíritu Santo en la Iglesia. El mismo Evangelio se refiere constantemente á este divino Espíritu, que debia venir á esplicarlo, y á la Iglesia, que debia enseñarlo, á la manera que un testamento se refiere á su ejecutor testamentario. «Yo rogaré á mí Padre, y os dará otro Consolador, á fin de que *permanezca* con vosotros eternamente el Espíritu de verdad que no puede recibir el mundo, porque no lo ve. Mas en cuanto á vosotros, le conocereis, porque permanecerá con vosotros, y estará en vosotros, enseñándoos todas las cosas y dándoos la inteligencia de todo lo que os habré yo dicho, y que no podeis comprender ahora (2).» Basta, por el pronto, para enunciar esta economía.

Resulta pues de ella, que la doctrina de la Revelacion, si bien se contiene en el Evangelio, no ha sido deducida y coordinada sino por el Colegio sucesivo de los Apóstoles, la Iglesia, que la deduce siempre, y á la cual es preciso preguntársela para comprender el mismo Evangelio.

Como toda la ciencia de nuestra fé se comprende en el Evangelio, y el Evangelio en Jesucristo, Jesucristo se destaca y manifiesta á nuestros ojos por el Evangelio, y el Evangelio por la enseñanza del Espíritu Santo en la Iglesia.

De esta manifestacion del Cristo, apartando los velos del Evangelio, para la enseñanza doctrinal de nuestra fé, resulta la conveniencia de hacer preceder el estudio testual del Santo Libro.

En los siglos de fé, todos tenian el conocimiento familiar

(1) San Lúcas, VIII, 10.
(2) San Lúcas, XIV, 16, 26.

de la Religion. No habia inteligencia cultivada que no tuviese deseos de sostener tésis teológicas, y la sociedad de madama de Sevigné se deleitaba con los tratados de Nicole. Mas en nuestros tristes tiempos de ignorancia, en los cuales el mismo suelo, por decirlo así, del espíritu humano, en otro tiempo tan floreciente por su cultivo, se ha convertido en barbecho por el abandono en que se le ha dejado, es necesario volver á sembrarlo todo y á cultivarlo nuevamente. Hay que recuperar todo un Mundo: el mundo eterno del alma.

Así, pues, ¿qué se comprenderia de la simple lectura del Evangelio, ó cuántas dificultades encontraria su esplicacion inmediata, siendo así que la Persona de Cristo se nos aparece en él con caractéres y en estados tan separados, tan diversos, y en apariencia contradictorios? ¡Cuánto se complican en él los misterios de nuestra fe con las tinieblas de nuestra ignorancia, y sobre todo, con nuestras falsas pretensiones de saber! Sin duda que hay aun gentes sencillas que conservan las nociones de la fé. Mas las gentes instruidas, á proporcion que van conociendo las letras humanas, ¡ay! no se los injuria consignando que el Evangelio que dejan para los sencillos es demasiado profundo para ellos. ¿Quién de nuestros Ilustres se arriesgaria á contender, no diré sobre la Suma de Santo Tomás, como Condé con Bossuet, sino sobre el Catecismo con un muchacho? Pues si por azar dejan entrever la razon de su incredulidad, causa confusion el observar hasta qué punto descubren su ignorancia.

Esta ignorancia no les avergüenza: hacen, por el contrario, profesion de ella. Desmiéntese, por consecuencia, el mas noble instinto de la inteligencia aplicada al mayor interés del alma: el de conocer á Dios y todo este conjunto de verdades sobrenaturales, de que penden nuestros destinos. Antes de que su dominio se hubiese abierto por la Revelacion, el estudio de estas verdades formaba parte integrante de la Filosofía, y era

su primer objeto (1). Y en el dia que constituye una ciencia cierta, cuyas perspectivas, tan luminosas como consoladoras, deberian inspirar á la inteligencia humana el legítimo orgullo de ser iniciada por el mismo Dios en su conocimiento, para conseguir su posesion, no se hace de ellas caso alguno, y se las deja para el *Clero*. De esta suerte se vuelve á los *siglos de tinieblas*, que tanto se denigran, en que la ignorancia era nobleza, si es que en aquellos siglos no se salia de las tinieblas en que nosotros entramos.

Y es en verdad irrisorio que la pretension se aumenta á proporcion de la escasez de luces. Cuanto mas se ignora, mas se cree cada uno con derecho de fallar. Todo el mundo se juzga haber nacido teólogo, denigrando á la Teología. Los mismos Concilios se someten al *Placet* de las Revistas y de los salones. Los altos asuntos de sus decisiones, agitados y resueltos con la mayor frescura, antes que los Padres, encanecidos en la Doctrina, hayan dado sus decretos, se trasforman de improviso en una ciencia oculta, desde que se trata de adherirse á ellos, como si se quisiera deshonrarlos por el servilismo afectado de la inteligencia. Y si esto sucede con las Decisiones dog-

(1) *Quid sunt Dii, qualesque declarat, quid Inferi, quid Lares et Genii, Hæc ejus incitamenta sunt: per quæ non municipale sacrum, sed ingens Deorum omnium templum mundus iste reseratur.* (Séneca, epíst. 90.) «Se dice que no es preciso procurar conocer á los mas grandes Dioses. Parece que, por el contrario, hacen muy bien los que se aplican á ello. Esta es una bella ciencia, verdadera, útil al Estado y agradable á la Divinidad...» (Platon: *Las Leyes.*) «El mal circula sobre la tierra y alrededor de nuestra naturaleza mortal. Por eso debemos procurar huir de él. Ahora bien; esta fuga se logra asemejándose á Dios por medio de la justicia y la santidad... Quien conoce á Dios, es verdaderamente sábio y virtuoso; el que no le conoce, es verdaderamente ignorante y malo.» (Idem:). Así es como los antiguos comprendian la Filosofía; y si la Teología se convirtió despues en una ciencia aparte, fue menos por su objeto que por su certidumbre de que, aun en las cosas naturales, la Filosofía no sabria igualarla.

máticas, ¿qué sucederá con lo que no es todavía mas que una Advertencia, bien que participe de la propia sabiduría? Sin embargo, una de dos: ó cubríos con vuestra ignorancia y tened entonces su sencillez, ó si quereis fallar como Doctores, recibid los grados.

En tal estado de las inteligencias, y siendo el mejor remedio que oponer á ellas un conocimiento de la Verdad divina, tanto mas modesta cuanto mas esclarecida sea, y tanto mas esclarecida cuanto mejor se inspire en las enseñanzas de esta Verdad, divinas como ella, he creido conveniente, para orientarnos en nuestra empresa, hacerla proceder de un curso sumario sobre Jesucristo, sobre sus estados y caractéres, que apreciaremos y distinguiremos despues mucho mejor al verle á El mismo. Esta será como la clave de esta gran ciencia que nos abrirá todos los senderos. Este trabajo preparatorio tendrá, por otra parte la ventaja de ejercitarnos y soltarnos en el Ministerio, de manera que no nos cause temor despues al tratarle de lleno. El mundo espiritual no se estudia ya; la humana inteligencia se halla reducida, estrechada y embrutecida por haberse entregada las cosas temporales y sensibles: y estas cosas, que sacan todos sus principios, su razon y su gobierno de un órden superior se encuentran con que han perdido su sentido para las inteligencias se consagran y se sumergen en aquel órden. »Estudiad la Teología, decia M. de Talleyrand á los diplomáticos, sin ella no existen hombres de Estado.» No son, de seguro, los tiempos presentes los que se hallan en situacion de desmentir esta verdad, que justifican tantos grandes testimonios históricos, desde el abate Suger hasta Richelieu, hablando solo de Francia.

Es, por tanto, un ejercicio saludable en sí, como tambien necesario á nuestro propósito, aquel á que convido á los lectores.

La sola enunciacion de los títulos de Jesucristo, si no me engaño; será una revelacion para muchos. Ellos se sostendrian solos por sí mismo, en virtud de su órden precioso. El desarrollo que me propongo dar á los principales requiere sin duda resolucion, mas no hay que alarmarse. Si entramos á hablar de Teología, será poniéndola al alcance de todo el mundo, y como sin saberlo, por el movimiento natural de un pensamiento que vivifica y renueva el asunto mismo á que aplica sus esfuerzos. ¿Quién es el que sacado de improviso de la miseria, para darle posesion de una esplendida herencia, se quejaria de tener que inventariar y contar sus tesoros? Tesoros de luz y de vida, envidiables en todos los tiempos, y principalmente en estos malhadados dias, en que la tierra vacila bajo nuestros piés, en que sus intereses se derumban, en que sus ilusiones se desvanecen, y en que solo se quisiera poder darse alas para subir, lanzando el grito del poeta: ¡*Excelsior!*

A la manera que la luz del sol, pura y sencilla en su brillo, se refracta en tantos colores cuantos son los centros que atraviesa y los objetos que viene á herir, la Luz increada, Jesucristo, se ofrece á nosotros bajo los doce caractéres siguientes que me parecen componer como el Arco íris de su Revelacion en el Evangelio, ó como el Zodíaco de este divino Sol de los espíritus.

I. El Cristo, Verbo increado en el seno del Padre;

II. El Cristo, Verbo Creador, principio y ejemplar del universo;

III. El Cristo, Verbo iluminador en el seno de las almas.

VI. El Cristo, fin de la creacion; primogénito y heredero de todas las cosas;

V. El Cristo, prometido y preexistente en el mundo desde el orígen de los tiempos;

VI. El Cristo, Verbo encarnado en el seno de la Vírgen María;

VII. El Cristo, Dios-Hombre conversando con los hombres;

VIII. El Cristo crucificado, Redentor de la raza humana y pacificador de todos los séres.

IX. El Cristo, Dios con nosotros en la Eucaristía;

X. El Cristo Jefe del cuerpo místico de la Iglesia, Rey de las almas, Pontífice de los bienes futuros;

XI. El Cristo Supremo Juez de los vivos y de los muertos;

XII. El Cristo, felicidad de los escogidos y maldicion de los réprobos en la Eternidad.

¡Oh Cristo! Yo me postro á los pies de vuestra Persona adorable, abismo de riquezas en que me pierdo. ¿Cómo atreverme á hablar así de Vos, sin otra mision que mi celo, si Vos no me mandais un soplo de Vuestro Espíritu, un rayo de Vuestra Verdad, y si no me inspiro á cada instante en Vos mismo acerca de lo que debo decir de Vos? ¡Luz increada, que habeis venido á lucir en nuestras tinieblas, brillad sobre estas páginas, dirigid mis pensamientos, conmoved á mis lectores, y que nos encontremos nuevamente en vuestra claridad! ¡Cuán poco os conocen en estas horas sombrías, entre la Crucifixion y la Resurreccion! ¡Misterioso viajero, caminad con nosotros, porque estamos tristes; permaneced con nosotros, porque ha sobrevenido la noche! ¡Explicadnos Vos mismo vuestro misterio, y que os conozcamos sobre todo en la llama con que vuestra palabra encenderá nuestros corazones! ¡Partidnos Vos mismo el pan de vuestra Ciencia divina, para que os ofrezcamos nosotros las primicias de las adoraciones del universo!

Y vosotros lectores, objeto de este designio, que no podria realizar el mismo Dios sin vosotros, ¿cómo habias de

realizarlo vosotros sin Dios? Asociaos, pues, á la invocacion mia. Recurriria, si fuera preciso, á un pagano, para invitaros á ello. «Todo hombre algo razonable, os dice Platon, implora »la divina asistencia ántes de acometer una empresa, cual»quiera que sea, grande ó pequeña. Con mayor razon nos»otros, que hemos acometido la de explicar al Autor del uni»verso, si no queremos extraviarnos, roguémosle juntos, para »decir sólo cosas que le sean gratas á El ante todo, y des»pues á vosotros, á fin de que nos conceda el más seguro y »mejor talisman, la ciencia (1).»

Más dichosos que Platon, este *talisman* que él anhelaba nos ha sido enviado por el mismo Dios: es su Palabra, es su Verbo, venido del cielo á la tierra, á fin de servirnos de vía para volver desde la tierra al cielo.

Marchemos, pues, sin temor por donde Dios nos conduce.

(1) *El Timeo,—Cricias.*

I.

EL CRISTO, VERVO ENCARNADO EN EL SENO DEL PADRE.

Solo nos proponemos tratar, segun hemos dicho, un poco á fondo lo mas importante de los principales caractéres que hemos enunciado respecto de Jesucristo, para su conocimiento y el de su obra identificada á su persona en el Evangelio.

Bajo este título, el primero en órden es tambien el primero en importancia. La nocion del Cristo, Verbo increado en el seno de Dios, debe ser investigado, por decirlo así, mas que ninguna otra. La Trinidad es segun veremos, el dogma inicial de toda la ciencia. Para las inteligencias humildes y sencillas, bastará manifestarla; mas para aquellos en quienes ha producido una falsa cultura mas exigencia que saber, es necesario esponerla.

Esto es lo que vamos á intentar.

Asi pues, segun hemos demostrado históricamente, en nuestra primera parte, estos terminos, ayer, hoy, mañana, el tiempo, en una polabra, no afectan á Jesucristo. Porque parecio en el tiempo, y llenándolo, pero no se limita á él; desbórdase de él, preexiste al tiempo; hállase fuera del tiempo.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios (1).»

(1) San Juan I, 1.